

Dom Columba Marmion

Bautismo y tentación de Cristo

(SUMARIO. — I. Al presentarse Jesús a Juan para recibir el bautismo de penitencia realizó un acto de profunda humildad. — II. Cristo exaltado al salir de las aguas del Jordán; cómo, al dar principio a su vida pública, este testimonio del Padre Eterno caracteriza uno de los aspectos de su misión redentora.)

(...)

En los diferentes misterios de Jesús en la tierra, de tal suerte tiene dispuestos la Sabiduría eterna los acontecimientos, que las humillaciones del Verbo encarnado están siempre realizadas por una revelación de su divinidad, de modo que aparezca a la vez la realidad de su naturaleza divina y la de su condición humana. La razón profundísima de esta celestial economía es ayudar, al par que ejercitar, nuestra fe, fundamento de toda vida sobrenatural. Los asombrosos abatimientos en que por amor se anega Cristo, prestan mérito a la fe, que se afianza más y más al verse apoyada con la manifestación de sus divinas prerrogativas.

Los misterios del nacimiento e infancia de Jesús se distinguen por ese contraste de sombras y de luces que hacen que nuestra fe, siendo libre, sea también «razonable». En la vida pública de Jesús, ese carácter se acentúa hasta tal punto, que los judíos llegan a disputar tenazmente sobre la personalidad de Cristo; pareciéndoles, a unos el hijo del artesano de Nazaret, y a otros, que sólo puede ser el enviado de lo Alto, vaticinado por todos los profetas, para iluminar y salvar al mundo. Esta misma economía sobrenatural reaparece en los acontecimientos con que Cristo, después de treinta años de existencia oculta, da principio a su vida pública, esto es, su bautismo en las aguas del Jordán y su tentación en el desierto.

Contemplemos a Jesús en estos dos misterios que van íntimamente unidos, y veremos cuán admirables son los planes de la Sabiduría infinita en sus pensamientos, y hasta qué punto quiere Cristo, nuestro modelo, precedernos en la senda que necesariamente hemos de seguir para asemejarnos a Él.

I) Ya sabéis que Dios había enviado a Juan, hijo de Zacarías e Isabel, como Precursor que anunciara a los judíos la venida del Verbo encarnado. Juan ha pasado sus años juveniles ejercitándose en los rigores de la más austera penitencia hasta los treinta años, cuando movido de divina inspiración comienza a predicar a las turbas que junto a él se agolpaban a orillas del Jordán. Toda su enseñanza se resumía en estas palabras: «Haced penitencia, porque el reino de Dios está ya cerca». A estas apremiantes exhortaciones seguía el bautismo en las aguas del río, queriendo mostrar con ello a sus oyentes la necesidad de purificar sus almas para ser menos indignas de la venida del Salvador; mas este bautismo sólo se confería a los

que se reconocían pecadores y confesaban sus culpas.

Estaba Juan un día bautizando y predicando el bautismo de penitencia, cuando Jesucristo, llegada la hora de salir de la obscuridad de la vida oculta para manifestar al mundo los secretos divinos, fundiéndose con la muchedumbre de pecadores, presentóse con ellos a recibir, de manos de Juan, la ablución purificadora.

Cuando el alma piadosa se detiene a pensar que el que se proclama pecador y se presenta voluntariamente a recibir un bautismo de penitencia, es la segunda persona de la Santísima Trinidad, ante la cual velan los ángeles su faz cantando: «Santo, Santo, Santo», queda confusa ante tan prodigioso abatimiento.

Ya nos dice el Apóstol que Cristo es santo, inocente, sin mancha, segregado de los pecadores; mas he aquí que Él mismo se adelanta como culpable, pidiendo el bautismo de la remisión de pecados. ¿Qué significa este misterio? Significa que en todos sus estados cumple el Verbo encarnado su doble misión: la de Hijo de Dios, en virtud de su eterna generación, y la de Cabeza de una raza pecadora, cuya naturaleza ha asumido y a la cual tiene que rescatar. Como Hijo de Dios, puede tratar de sentarse a la diestra de su Padre, para gozar allí de la gloria que le corresponde en los resplandores del cielo.

Pero como Caudillo del género humano degradado, habiendo tomado carne — culpable en la raza, aunque pura en Él— no podrá entrar en el cielo al frente de su cuerpo místico sino después de haber pasado por las humillaciones de su vida y los dolores de su Pasión. Poseyendo Cristo, como dice san Pablo, la naturaleza divina, no creyó cometer injusticia alguna, declarándose igual a Dios en perfección; mas por nosotros y por nuestra salvación, descendió hasta los abismos de la flaqueza y del aniquilamiento de ahí que su Padre le ensalzara, dándole el nombre de Jesús, que encierra nuestra redención, y ensalzándole, a Él, nos «elevó a nosotros también hasta lo más encumbrado de los cielos». Bien podemos decir que, si Cristo entra en los cielos, es para precedernos y mostrarnos el camino.

Con todo eso, no entrará hasta haber saldado nuestra cuenta con la justicia divina, vertiendo por nosotros toda su sangre.

Es que Cristo viene para librarnos de la esclavitud y tiranía del demonio, bajo cuyo poder se halla el género humano de resultados del pecado; viene para librarnos de los suplicios eternos, que podía imponernos Satanás como ministro de la divina justicia.

Ahora bien, el Verbo encarnado, el hombre Dios, no realizará esta redención sino sustituyéndose voluntariamente a cada uno de nosotros pecadores, y haciéndose solidario de nuestro pecado, hasta el punto de que Dios le ha constituido como un vivo pecado, en frase gráfica de san Pablo.

Si toma sobre sí nuestras iniquidades, tomará también el castigo que ellas se merecerían, y sobre Él caerán, cual lluvia torrencial, los dolores y humillaciones. Ése es el decreto eterno.

A sí comprenderéis cómo desde el principio de su vida pública, al momento de inaugurar públicamente su misión redentora, se somete Jesús a un acto de profunda humildad, a un rito que le coloca en el número de los pecadores.

Ved, en efecto, cómo Juan, iluminado de lo alto y reconociendo al Hijo de Dios en la persona de Aquel que se presenta, exclama: *Existe éste antes de mí y no soy digno de desatar la correa de su calzado*; y se niega con firmeza a conferirle el bautismo de penitencia: «Yo soy el que debiera ser bautizado por Vos, y ¿venís Vos a mí?» Mas ¿qué le dice Jesús? «Deja ahora, que así es como conviene que nosotros cumplamos toda justicia».

¿Qué justicia es ésta? Las humillaciones de la Humanidad adorable de Jesús, que al rendir un homenaje supremo a la santidad infinita, constituyen el saldo íntegro de todas nuestras deudas con la divina justicia. Jesús, justo e inocente, sale fiador por toda la raza pecadora y se convierte por medio de su inmolación en Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo y en propiciación por todos los crímenes de la tierra: medio único de cumplirse el rigor de la justicia.

Cuando meditemos esta profunda palabra de Jesús, humillémonos con Él; reconozcamos nuestra condición de pecadores y, sobre todo, renovemos el acto de renuncia al pecado que hiciéramos allá en nuestro bautismo.

El mismo Precursor anunciaba este bautismo como superior al suyo, porque habla de instituirlo el mismo Cristo en persona: «Yo bautizo con agua para moveros a penitencia; mas Aquel que ha de venir en pos de mí es más poderoso que yo; El os bautizará en el Espíritu Santo y en fuego». El bautismo de Jesús, si se considera exteriormente, es un bautismo de agua como el de Juan; pero al propio tiempo que se confiere la virtud divina del Espíritu Santo, que es un fuego espiritual, purifica y transforma interiormente las almas.

Renovamos, pues, con frecuencia nuestros actos de renuncia al pecado, pues, como ya sabéis, el carácter del bautizado persiste indeleble en el fondo de nuestra alma, y cuando reiteramos las promesas, hechas en aquella hora bendita de nuestra iniciación, deriva de la gracia bautismal una nueva virtud para vigorizar nuestro poder de resistir a todo aquello que nos arrastra al pecado, cuales son las sugerencias del demonio y las seducciones del mundo y de los sentidos; sólo así podremos conservar en nosotros la vida de la gracia, como también dar a Jesucristo una prueba de vivo agradecimiento por haberse encargado Él de librarnos de nuestras maldades. «Me amó, decía san Pablo, recordando este misterio de infinita caridad, y se entregó por mí». Viva yo por Él y para su gloria y no para mí ni para satisfacer mis rastreros apetitos, mi orgullo, mi amor propio, mis ambiciones».

II) Bautizado Jesús, salió al punto del río, cuando de pronto se rasgan los cielos y se ve bajar al Espíritu mismo de Dios en figura de paloma, que venía a posarse sobre El, dejándose oír de arriba aquella voz: «Este es mi Hijo muy amado en quien tengo todas mis complacencias».

Esta escena misteriosa no es sino una aplicación particular de la ley que Dios suele seguir y que ya os indicaba al principio de esta reunión: es menester que Cristo sea glorificado luego de haberse humillado.

Rebájase Cristo hasta confundirse con los pecadores; e inmediatamente el cielo se abre para ensalzarle; solicita un bautismo de penitencia y de reconciliación, y al punto el Espíritu de Amor atestigua que reposa sobre Jesús con toda la plenitud de los dones de su gracia; reconócese digno del peso de la divina justicia, y por lo mismo le proclama el Padre objeto de todas sus delicias.

Esta glorificación solemne de Cristo no sólo se refiere a su persona, sino que tiene aún mucho mayor alcance, como ahora os mostraré.

En este mismo momento es cuando recibe declaración auténtica la misión de Jesús como legado de Dios; el testimonio del Padre acredita, por decirlo así, a su Hijo ante el mundo, y nos dice ya algo de lo que Cristo será para nosotros.

Es de notar, en efecto, que la misión de Jesús reviste un doble aspecto; porque viene a ser una redención y una santificación: rescatar las almas, y después comunicarles la vida. Esa es toda la obra del Salvador. Son dos elementos inseparables, aunque distintos, y hallamos ya su origen en las circunstancias del bautismo de Cristo, que fue como el prelude de su vida pública.

Vimos, pues, cómo al presentarse el Verbo encarnado a recibir un bautismo de penitencia, da testimonio ya de su misión de redentor, y deberá terminar su obra comunicando el don de la vida divina, en virtud de los méritos de su Pasión y muerte. Dios nos ha dado su Hijo para que los que creen en El, tengan vida.

La fuente de vida eterna en nosotros es una luz.

En el cielo, esta luz será la visión beatífica, en cuyo resplandor viviremos la vida misma de Dios.

En este mundo, la fuente de nuestra vida sobrenatural es igualmente una luz, la luz de la fe: participación del conocimiento que Dios tiene de sí mismo. El Verbo encarnado es quien comunica al alma esta participación, que viene a ser para nosotros como una luz que nos guía por nuestros caminos, y por eso mismo debe vivificar toda nuestra actividad sobrenatural: «Porque el justo vive de la fe».

Ahora bien, el fundamento de esta fe es el testimonio mismo que Dios da de su Hijo Jesús: «Éste es mi Hijo muy amado en quien tengo todas mis complacencias».

Cristo aparece solemnemente en el mundo como el Enviado del Padre, y todo cuanto nos diga será eco fiel de esta verdad eterna que de continuo contempla en su seno. Su doctrina no será suya, sino del Padre que le envía; repetirá cuanto oyere, y de este modo podrá Jesús decir al Padre el último día: «Padre, cumplido he la obra que me confiaste, hice por que te conociesen en el mundo».

¿Las palabras del Verbo encarnado no han producido en todas las almas la luz que debía serles principio de salud y de vida? El es, sin duda alguna, la luz del mundo, pero se la ha de seguir para no andar en tinieblas, si queremos Llegar hasta aquella Luz, eterna fuente de nuestra vida en el cielo. Dios acepta únicamente a los que reciben a su Hijo.

Para oír con fruto la palabra de Cristo, es necesario ese poder de atracción que tiene el Padre; aquellos que no han sido atraídos por el Padre, no escuchan la voz del Verbo. Mas ¿a quiénes atrae el Padre? A aquellos que reconocen a su propia Hijo en la persona de Jesús.

He aquí por qué el testimonio publico dado por el Padre a Jesús después de su bautismo es el punto de partida de toda la vida pública de Jesús, Verbo encarnado y luz del mundo, y el fundamento mismo de la fe cristiana, y de toda nuestra santificación.

De este modo, el misterio del bautismo de Jesús, que inaugura su ministerio público, contiene como el resumen de toda su misión en la tierra; pues en la humillación que quiso sufrir al buscar aquel rito de penitencia para remisión de los pecados, figuraba ya el bautismo sangriento de la cruz y el cumplimiento de toda justicia. Desde aquel momento, tributa a las perfecciones infinitas de su Padre, ultrajadas por el pecado, el homenaje supremo que merecen las humillaciones y abatimientos con los cuales realiza nuestra redención.

En premio de ello, ábrese el cielo; introduce el Padre eterno de un modo auténtico a su Hijo en el mundo; el resplandor glorioso que revela ese divino testimonio, anuncia la misión de iluminar las almas que va a inaugurar el Verbo hecho carne, y el Espíritu Santo reposa sobre él para indicar la plenitud de dones con que está adornada su alma santísima y simbolizar al propio tiempo la unción de la gracia que Cristo consigo nos trae.

El Bautismo, juntamente con la fe en Jesucristo, es el Sacramento de nuestra adopción divina y de la iniciación cristiana, y se nos confiere en nombre de la Santísima Trinidad, que se reveló a nosotros en las orillas del Jordán.

Santificada el agua por el contacto de la Humanidad de Jesús, y unida al «Verbo de verdad» tiene virtud para borrar los pecados de aquellos que,

detestando sus culpas, proclaman su fe en la divinidad de Cristo. Es «el Bautismo», no ya sólo de agua para «remisión de los pecados», sino del «Espíritu, único que puede renovar la faz de la tierra», y que de «hijos de ira», nos hace hijo de Dios, participando ya con Jesús, aunque en grado menor, de las complacencias del Padre celestial.

De modo que, al decir de san Pablo, «nos hemos despojado por el bautismo del hombre viejo (procedente de Adán), juntamente con sus obras de muerte, y nos hemos revestido del hombre nuevo creado en toda justicia y verdad (el alma regenerada por el Verbo y el Espíritu Santo), que se renueva sin interrupción a imagen de Aquel que la creó».

Ya lo veis; así como el bautismo constituye para Cristo el resumen de toda su misión redentora a la vez que santificadora, así también contiene en germen todo el desarrollo de la vida cristiana con su doble aspecto de *muerte* para el pecado y *vida* para Dios; tanta es la verdad de aquellas palabras del Apóstol que todos aquellos que son bautizados se revisten de Cristo, y tan cierto es que todos nosotros no formamos con Jesús más que un solo ser en todos sus divinos misterios.

¡Dichosa condición la de los fieles cristianos! ¡Insensata ceguedad la de aquellos que olvidan sus promesas bautismales! ¡Triste destino el de los que las tienen holladas a sus pies! Ya lo decía el precursor a los judíos: «La segur está aplicada a la raíz del árbol; y todo árbol que no produce fruto será cortado y echado al fuego...» Luego añade: «He aquí que Cristo es más poderoso que yo, y tiene en sus manos el biello, y limpiará perfectamente su era; y el trigo lo meterá en el granero mas la paja la quemará en un fuego inextinguible...». «El Padre, en efecto, ama al Hijo, y ha puesto todas las cosas en su mano. Aquel que cree en el Hijo de Dios con fe viva, tiene vida eterna; pero quien no da crédito al Hijo, no verá la vida, sino que, por lo contrario, la ira de Dios se cierne sobre su cabeza».

(Dom Columba Marmion, *Jesucristo en sus misterios*, Editorial Litúrgica Española, Barcelona 1948, p. 169-177)